

¿Tiene usted ya

el lujoso

ALMANAQUE

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!
SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, ARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 137

25 cts.



LA
CARAVANA
DEL OREGÓN

por
Lois Wilson y
J. Warren Kerrigan

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración / Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 137

LA CARAVANA DEL OREGÓN

Magnífica producción cinematográfica, adaptada de la
novela de Enerson Hough por Jack Cunningham

Dirección de James Cruze

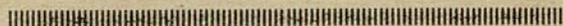
Paramount Especial

Distribuida por SELECCINE, S. A.

ACTORES:

J. Warren Kerrigan	Ernest Torrence	Charles Ogles
Lois Wilson	Tully Marshall	Guy Oliver
Alan Hale	Ethel Wales	Johnny Fox

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BILLIE DOVE



La Caravana del Oregón

Argumento de la película de dicho título

En el año mil ochocientos cuarenta hombres y mujeres valientes abandonaron sus hogares, y con valor inusitado, haciendo frente a mil peligros desconocidos, se dirigieron hacia el Oeste, más allá del Misisipi, más allá de las llanuras y de los montes Roqueños hasta el otro Océano que limita los Estados Unidos.

Los exploradores, unidos por un mismo ideal, echaban al viento sus sentimentales cantatas para consolarse de su alejamiento de sus lares.

Oh, Susana,
Oh, Susana
No llores por mí
Parto a lo ignoto
En pos de fortuna para ti.

... ..
En el embarcadero de West-port (donde actualmente existe la ciudad de Kansas), en el mes de Mayo de 1848, reunióse una gran caravana procedente de todas las secciones de los valles de Ohio y Misisipi, deseosa de cruzar las dos mil millas de penalidades que separaban West-port de Oregón.

El herrero y el veterinario eran los prime-

ros en la caravana, pues del cuidado y salud de los animales dependía el éxito del arriesgado viaje.

La citada caravana se había formado allí para esperar a otra, la de Liberty, cuyos carros no podían tardar en llegar.

Pero como todos ardían en deseos de alcanzar pronto la meta de sus anhelos, se impacientaron y estaban dispuestos a salir sin los compañeros de Liberty.

Jesse Wingate, el jefe—sesentón voluntario—, calmó su ansiedad.

—Sí, ya sé que es fastidioso esperar, y yo tengo tantas ganas como todos vosotros de clavar mi arado en Oregón, pero es mejor que la caravana de los misurianos vaya junto a la nuestra. Cuantos más seamos, más fuertes nos sentiremos.

Muy lejos, y también hacia el Oeste, existía otro arado que con valentía emprendiera el camino de Oregón. Su dueño fué quemado por los indios, pero éstos conservaron el útil, la máquina infernal que les inspiraba horror.

El jefe de una tribu arengaba, en torno al arado, a sus súbditos.

—Los Caras Pálidas cruzan de nuevo el río de agua nebulosa, avanzando siempre hacia Poniente. Deben morir los Caras Pálidas que vienen con estas ideas. De lo contrario el Piel Roja perecerá.

Los salvajes, ante esa amenaza, prométían matar o morir antes que permitir la dominación de los intrusos.

El entusiasmo con que emprendieran la ex-

pedición algunas mujeres, menguábase al través de las largas jornadas que ya habían andado. Una de esas mujeres era la esposa de Wingate, quien dijo a su marido sobre el lugar en que aguardaban a los exploradores de Liberty:

—Esta tierra es buena. ¿Por qué no establecerse en ella? ¿Quién sabe si algún día habrá aquí una ciudad!

—No, querida, no: la razón de nuestras esperanzas es Oregón y es allí a donde vamos.

—Bien, Jesse... Yo lo decía porque somos ya viejos...

—Desecha tus temores, mujer. Pon fe, como yo, en esta empresa gigante, y venceremos. ¿Podrá cabernos luego mayor gloria que la de legar a nuestros hijos un puñado de tierra regada con el sudor de nuestra frente?

—Tienes razón, Jesse... Las mujeres siempre tememos con exceso...

Dos eran los hijos del matrimonio Wingate: Yed, travieso chiquillo capaz por sí solo de alterar el orden de la caravana, y Molly, encantadora muchacha de diez y ocho años.

Mientras Yed iba de un lado a otro del campamento con sus canciones, su hermana era objeto de apasionado cortejo por parte de Sam Woodhull, lugarteniente de Jesse en el mando de la caravana.

—Molly, me haces esperar demasiado ya. ¿Por qué no podemos casarnos aquí mismo? Bien sabes que tus padres verían nuestra boda con gusto.

—No sé, Sam; pero aun no estoy completamente decidida.

—¿No crees lo bastante en la fuerza de mi amor?

—¿Has oído?... ¡Es la caravana de Liberty!

—Contéstame, Molly.

—Ahora no, Sam... No podemos casarnos todavía... No tengo preparado mi ajuar...



—Ahora no, Sam... No podemos casarnos todavía...

Sobre estas palabras cesó la plática a solas, pues en el campamento todo era algarabía por la presencia de los muchachos de Liberty que acababan de llegar.

Centenares de exploradores saludaron a los misurianos, y éstos, desde su campamento, co-

respondieron a la afectuosa bienvenida que les era dispensada agitando en alto sus amplios sombreros.

Los jefes de ambas caravanas presentáronse mutuamente.

—Yo me llamo Will Banion—dijo el capitán de la expedición de Liberty.

—Pues yo soy Jesse Wingate, comandante de esta caravana. Y este es Sam Woodhull, mi segundo.

Saludáronse los tres hombres, pero cuando Banion y Woodhull se dieron las manos, éste, mirándole con desdén, le dijo a aquél:

—¿Banion? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Estaba con Doniphan en México. Salió usted del ejército ¿verdad?

—Sí... salí del ejército,—contestó Banion comprendiendo el alcance de la pregunta de Woodhull.

Wingate presentó también su hija a Banion, y para ambos jóvenes—pues éste también lo era—el apretón de manos que se dieron fué muy agradable.

Cerca de Banion se hallaba su inseparable ayudante, hombre toscó, avezado a toda clase de peligros, francote y valiente, y con un corazón de oro según los casos.

—Señores, este es William Jackson. Conoce palmo a palmo la ruta de aquí a Oregón—presentóle.

Tampoco le fué simpático a Jackson el lugarteniente de Wingate, y como viera a éste ya viejo para asumir un cargo que requería mucha energía, se permitió manifestar sin am-

bajes su opinión acerca de quien debería mandar las dos caravanas juntas. Su voto era, naturalmente, para Banion, que, como buen soldado, sabía lo que tenía entre manos. Y, al enterarse de que Jesse Wingate se nombraba capitán de *toda* la caravana, Jackson hizo una mueca de desagrado.

Wingate dió en seguida órdenes a todos para reemprender la marcha cuanto antes.

—Usted se cuidará del ganado que va suelto a la retaguardia, Banion—dijo a éste.

El *subalterno* no protestó.

—Y los carros de Liberty irán bajo el mando de Woodhull—añadió Wingate.

—Muy bien, Capitán—pronunció Banion.

Pero Jackson, cuando supo la noticia, objetó a Wingate:

—Estás loco de poner a un hombre como Banion cuidando el ganado y dejar que cuatro mequetrefes guíen los carros.

—¡Bueno, cállate: yo soy el jefe y sé lo que debo hacer!

—Está bien: ¿pero quién será el jefe de los de Liberty?

—Sam Woodhull.

Y Jackson se indignó para sí mismo...

El 24 de mayo de 1848, la caravana más imponente que jamás cruzara el valle del Platte, aguardaba la señal de marcha al grito de: "¡Hacia el Oeste!" Dióse éste, fué estentóreamente repetido y púsose en marcha la caravana, cupiéndole a Yed el honor de hacer restallar el látigo sobre la primera yunta de bueyes.

Después de dos semanas de viaje, en las que se recorrieron doscientas millas, el descontento, la añoranza y las dificultades doblaron el ánimo de los expedicionarios. Día tras día los más descorazonados abandonaban la lucha y regresaban a su hogar, olvidándose de que existían indios que seguían a las caravanas desde lejos dispuestos a echarse encima de los desdichados que volvían atrás.

En el campamento de los optimistas reinaba en cambio la más perfecta armonía. Cuidábase con especial atención a los pequeños seres, pues ellos serían los herederos de la magna hazaña de los mayores y la continuación para su honra y provecho.

Molly y Banion habían simpatizado mucho. Ambos sentían que algo más que simpatía nació en ellos desde que se vieran por primera vez.

Un día, Molly, sin mayor motivo que el de hablar con Banion y tenerle a su lado, le rogó que la dejase montar su caballo.

—Es un poco peligroso para una mujer—respondióle él—. Las niñas bonitas no deben ser temerarias—añadió.

Woodhull oyó esta réplica galante de Banion, y dijo, con mala intención, a Molly, aparte:

—Sube, mujer; demuéstrole que puedes montar cualquier caballo.

Y Molly, con su poco de vanidad femenina, obedeció a su pretendiente.

Pero, como lo temiera Banion, su caballo, al sentirse montado por un cuerpo desconoci-

do, no respetó que ese cuerpo fuera el de una linda muchacha, y partió al galope, como ráfaga de aire endiablada.

Banion no se detuvo un instante a pensar cómo evitar la inminente desgracia, sino que apoderándose de cualquier caballo, lanzóse de-



Ambos sentían que algo más que simpatía nació en ellos...

trás del suyo desbocado.

Por fortuna, agarró, al trote, a Molly por la cintura, dominándose la loca cabalgadura así que Banion la libró de la extraña carga.

Acudieron presurosos Wingate, Woodhull y Jackson al lugar donde Banion había salvado la vida a Molly, y el segundo, celoso y vengativo, se encaró con su rival.

—¿Quién le dió permiso para montar mi caballo?

—¡Ah, cogí el suyo! Pero... ¿por qué no lo montó usted antes?

—Porque... no me dió usted tiempo de hacerlo.

—Había otros caballos a su mano...

—Yo sólo hago uso de lo mío. No me extrañaría que hubiese usted cogido el caballo rebelde que monta, en la misma forma... y se hubiese olvidado de devolverlo.

—Esa calumnia no merece más que esto.

Y sonó una bofetada.

—¿A mí? ¿Pegarme ése a mí?

Woodhull echó mano a su revólver presto a disparar contra Banion.

Pero Jackson lo contuvo.

—Cuidadito con lo que se hace. Yo también tengo un chisme de esos... y es muy mal editado.

—¿Y a ti quién te manda meterte en este asunto?

—La razón. Si Banion llevase un arma como las nuestras, nada hubiese dicho... pero como le veo indefenso, aquí estoy yo.

—Calma, calma—gritó Wingate—. Una lucha ahora desorganizaría la caravana.

—Eso opino yo—dijo Jackson—. Estos gallos podrán pelearse cuando crucemos el Platte.

Así quedó convenido entre los dos rivales, alejándose de Banion, refunfuñando criminales intenciones, el fariseo Woodhull. Pero Molly no era desagradecida, y acercándose a su salvador rumoreó:

—Gracias, señor Banion. Tenía usted razón en negarse a complacer un capricho peligroso mío.

*
* *
*



—Cuidadito con lo que se hace.

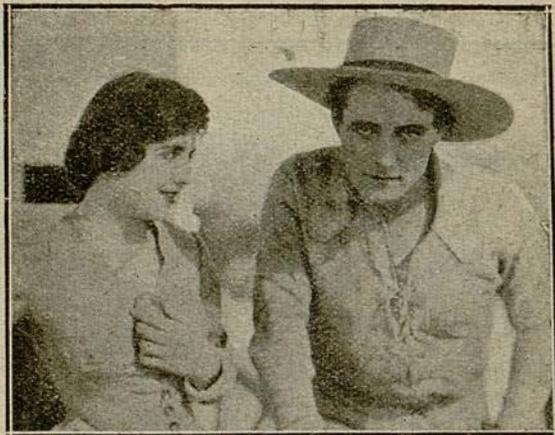
Pasaron los días. Recorriéronse unas doce millas diarias y al llegar el véspero descansaba la caravana acurrucada alrededor de los fuegos que hacían aparecer la noche más lúgubre aún.

Segufan, los descorazonados, renunciando a

llegar hasta el final, y retrocedían cobardemente.

La caravana era exactamente un pueblo ambulante. No faltaba en ella ni las enfermedades. La Parca arrasó una vida. En compensación, llegó al mundo un nuevo ser.

Y, a medida que las penas y alegrías pasaban, la distancia, aunque lentamente, se redu-



—Tenía usted razón en negarse a complacer un capricho peligroso mío...

cía sin cesar.

Todavía faltaba llenar más de la mitad del camino.

La caravana de Liberty era más, mucho más valerosa que la de Wingate, pues los hombres de aquélla sabían ahuyentar la tristeza.

Jackson se pintaba solo para distraer a sus compañeros, pues dentro de su tosquedad era hombre de mucho ingenio.

Banion propuso:

—Muchachos, en el sector de Wingate están muy descorazonados. ¿Vamos a distraerles?

Así lo hicieron.

Se organizó un baile, y Woodhull presenció con disgusto como Banion sacaba a bailar a Molly, con sumo agrado por parte de ella.

El hipócrita, despechado por la amistad naciente entre la que *debía* ser su esposa y Banion, dijo a Wingate:

—Me parece que Molly tendría que ser un poco más recatada con un hombre como ése.

—¿No le inspira a usted confianza?

—Ninguna. Con decirle a usted que fué expulsado del ejército por un robo de ganado...

—¿Por qué no me lo dijo usted antes? Ahora mismo voy a prohibir a mi hija que siga hablando con él.

En primer lugar, Wingate se acercó a Banion y le manifestó:

—Me acaban de decir algo acerca de su conducta en el ejército, y le suplico que no se acerque a mi hija.

—Bien, Capitán. Considero inútil defenderme... puesto que usted cree en mi culpabilidad.

Molly, asombrada de la prohibición que le hacía su padre, le preguntó la causa que la motivaba.

—Ese muchacho fué expulsado del ejército por robo de ganado.

—¿Por robo?... ¡No lo creo!—exclamó Molly.

—Te exijo que no hables más con él. Woodhull sabe que eso es cierto.

Y, como Banion, Molly se puso muy triste.

... ..

Por fin la caravana llega al Platte, un arroyo inmenso que se abre paso hacia el gran Misuri y que representa una barrera infranqueable para aquélla, que se ve obligada a detenerse.

El único medio de transporte es una balsa guiada por indios amigos.

Pero esos indios pedían diez dólares por cada carro, y como además de que se necesitarían unos dos meses para el transporte de toda la caravana el importe de esa operación era enorme, fabuloso, no fué aceptada la oferta de aquellos indígenas.

Woodhull, atribuyéndose por vanidad la dirección técnica de la expedición, propuso que los carros, por sí mismos, vadearan el río.

La solución pareció buena a Wingate, y algunos carros fueron dispuestos para hacer la prueba.

Pero Banion se opuso a que dichos carros se internasen en el líquido camino, pues descontaba su profundidad y reconocía imposible el paso de los caballos sin peligro de ahogarse.

A fin de demostrar el error de la idea de Woodhull, Banion se arrojó al río a caballo, y, en efecto, éste, a pesar de los esfuerzos de su jinete en levantar, con la brida, su cabeza hasta el máximo posible, hubiese perecido de

no haberle facilitado Banion, retrocediendo, la salvación acicateándolo hacia la orilla.

La experiencia a que se había arriesgado Banion llenó de indignación a Woodhull, pero no la puso en evidencia.

Wingate, al contrario, pidióle al primero consejo.

—Seguiría el río hasta encontrar los bosques de algodón y entonces dispondría los carros en forma que pudieran flotar, calafateándolos.

Woodhull no se mostró partidario de recibir consejos de Banion—mucho menos si éstos lo dejaban en ridículo—y otra vez los dos hombres se encararon.

Jackson, que tenía buena memoria, recordó que ya habían llegado al lugar convenido para que aquéllos dirimiesen sus querellas, y con toda o casi toda la caravana por testigos, los dos rivales lucharon con fiereza.

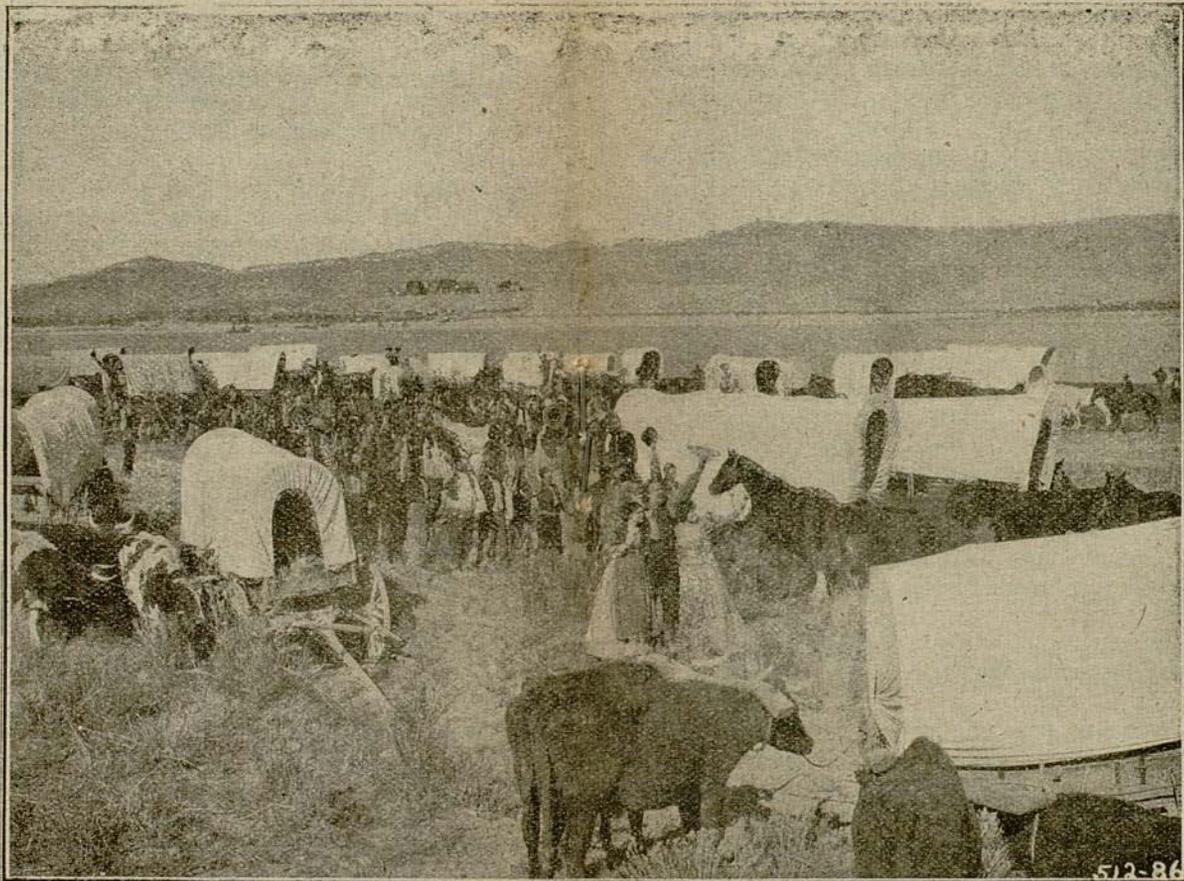
Woodhull solicitó de su contrincante que la lucha fuese libre, o sea, que todo golpe valiera, y Banion no se negó a ello.

La pelea se mostró favorable a Banion.

Jackson, como se sabe, *tenía un corazón de oro según los casos*, pero en este caso se le volvió negro de sed de venganza.

—Mátale, Banion, aprovecha la ocasión: ¡arráncale los ojos! ¡Dijo que no repararía en medios! ¡Haz tú lo mismo con él!

Molly oyó estas exclamaciones del ayudante de Banion, y se llevó las manos al rostro para no ver el horrible espectáculo que deducía de aquéllas.



Centenares de exploradores saludaron a los misurianos...

Pero Banion fué noble. Demostrada de sobra su superioridad a Woodhull, no quiso manchar con sangre la aureola de la victoria que le correspondía.

—Levántate—dijo a su rival.

Su generoso rasgo fué unánimemente elogiado, excepto por Jackson, que se mordía los puños de rabia.

Sin embargo, Molly, que había creído por un momento capaz a Banion de seguir el consejo de Jackson, censuró a aquél, todavía sugestionada por la horrible visión:

—¿Sería usted capaz de arrancar los ojos a una persona?

Banion curvó su cabeza ante ese reproche, y se alejó de Molly.

Jackson no estaba conforme en que la caballerosidad de Banion quedase malparada en la opinión de Molly, y puso a ésta al corriente de las condiciones de lucha requeridas por Woodhull con los más bajos instintos.

Y alivióse el alma de Molly...

Wingate, prudente, dispuso, por bien de todos, que los carros de Banion se separasen de los suyos.

—Temo que tras una pelea vendrá otra y me parece que es mejor que la caravana se divida.

Banion y los suyos no protestaron. Al contrario, para éstos la separación era ideal. En cuanto al jefe, se resignó tristemente a no seguir muy cerca de Molly.

Ella también estaba triste.

Por su parte, Woodhull, refractario su co-

razón a la gratitud, ordenaba a sus hombres de confianza:

—Preparad mis dos carros y cruzaremos el río aquí mismo con la balsa de los indios. Voy a arreglármelas con Banion a tiros en cuanto él lo vadee allá abajo.

Para ocultar su intención a Wingate, le manifestó que iba a buscar hierba a la otra orilla. Además, aconsejó al jefe que hiciera arreglar los carros de la caravana para vadear el río allí mismo.

Pero él lo cruzó con toda seguridad con la balsa, y se negó, cuando lo hubo hecho, a pagar un solo centavo a los indios, matando a uno de ellos que le reclamaba insistentemente el importe del pasaje.

Apenas ausentárase Woodhull, los expedicionarios de la caravana de Wingate dijeron a éste que estaban decididos a seguir a Banion y cruzar el río donde él lo hiciera, porque estaban convencidos de que él sabía lo que llevaba entre manos.

Wingate no pudo por menos de aceptar, y después de llegar al sitio donde Banion había cruzado, la caravana de aquél hizo un alto de varios días para arreglar los carros y vadear el río de traidoras aguas.

Se venció esa dificultad con una pérdida horrible de carros y ganado... y entonces apareció el mensajero silencioso de otra tragedia.

Eran los indios que se transmitían la noticia de la presencia de los Caras Pálidas por medio de señales de humo.

Jackson y Banion vieron con extraordina-

ria sorpresa arrastrarse en dirección suya por el suelo a Woodhull, mal herido.

Jackson pretendió rematar al miserable, pero Banion no se lo permitió a pesar de que su ayudante le aseguraba que se culparía de su muerte a los indios, toda vez que éstos eran los que le hirieran en venganza de la muerte dada por él a uno de los suyos.

Woodhull balbució:

—Se... apoderaron de... todos... los demás...

Banion dijo entonces a Jackson:

—Vuelve atrás y explícale a Wingate lo ocurrido. Yo me cuidaré de Woodhull.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Jamás se te presentará una ocasión como esta para arreglar cuentas con este miserable—insistió Jackson.

Pero como Banion se mantuviera firme en su propósito de devolver bien por mal, su ayudante fué a ver a Wingate, le enteró de lo acaecido y puso a su disposición la caravana de Liberty siempre que la necesitara.

Antes de regresar, al galope, al campamento de su caravana, Jackson habló con Molly:

—Banion no me lo dijo, pero le doy recuerdos y usted no diga nada y también se los daré a él de su parte.

Y Molly se sonrió...

... ..
El día siguiente trajo consigo al comerciante, el nómada de la llanura que con una pequeña caravana viajaba desde la nueva frontera hasta el país civilizado y al que nadie

molestaba porque no llevaba arado y no quería conquistar terreno.

Jackson le conocía, y no fué escasa la alegría que los dos tuvieron de encontrarse.

—¡Jim, mi viejo amigo!

—¡Jackson, qué sorpresa!

Se abrazaron.

Después de la efusión del primer momento, Jackson presentó Banion a aquél.

—Llevo una mercancía de Council Bluffs a mi fuerte y no me importaría seguir con vosotros—díjoles Jim.

—¡Con mil amores, amigazo!—aceptó Jackson descontando la venia de Banion.

En camino, Jackson vió con temor las señales de humo que hacían los indios, y enteró de sus recelos a Banion.

—¿Sabes lo que significan esas señales? Sería conveniente retroceder y decirle a ese imbecil de Wingate, lo que debe hacer.

Banion quiso ser él mismo quien fuera a avisar al padre de la mujer que era toda su ilusión, y al llegar al campamento de su caravana, encontró a Wingate y a Woodhull—que él devolvió a los suyos—así como a todos los expedicionarios, presas de angustia.

Los pieles rojas habían incendiado la llanura. Esta—el fuego—era el arma más terrible que ellos empleaban contra el blanco invasor.

Como brioso destacamento enemigo avanzaba en toda la extensión del campo el fuego traidor, amenazando arrasarlo el campamento.

Banion salvó la trágica situación, oponien-

do a la valla de fuego otra valla en sentido contrario, para atajar el peligro cortando su avance.

Pero no renació aún la serenidad en todos los espíritus. Los Wingate atravesaban una crisis dolorosísima: Molly habíase ausentado poco antes de iniciarse el fuego para ir más allá del arroyo.

Banion se lanzó temerariamente a salvarla, arrostrando con singular arrojo los peligros del voraz incendio.

Mas su bravura fué coronada por el éxito: encontró a Molly, gritando a todos los ecos que acudiesen en su auxilio.

—¡ Ah! ¿ Es usted?—dijo ella al verla.

—Bendigo la casualidad que me ha deparado la ocasión de serle útil, señorita.

—No le esperaba a usted, por cierto.

Mas he aquí que Banion al verse solo con Molly y fuera de todo peligro, al tenerla en sus brazos, sana y salva, no pudo resistir a los impulsos de su corazón, y radiante de dicha, tembloroso de apasionado amor, la besó. Entonces la muchacha, ahogando en lo más profundo de su ser sus sentimientos, sintió que algo se rebelaba en ella contra la osadía de Banion, e, indignada y ofendida, no pudo por menos de recordar a su valiente salvador la afrentosa acusación que pesaba sobre él. Banion bajó la cabeza compungido y murmuró:

—Perdón... Pero lo que más siento es que usted crea que fuí un ladrón.

—Woodhull lo ha afirmado en absoluto a mi padre... y a mí misma.

—Woodhull le merece a usted mucha más confianza que yo... porque usted le quiere. Cuando se ama a alguien, se cree en él...

—Aunque no fuera novia de Woodhull no podría casarme con usted sabiendo que es verdad lo que de usted dicen.

Banion, sin intentar siquiera su justificación, huyó, decidido a no volver a ver a Molly



—Bendigo la casualidad que me ha deparado la ocasión de serle útil...

jamás.

Y la caravana seguía siempre, siempre adelante...

A medida que los futuros colonizadores avanzaban, los peligros aumentaban, así como crecía el descontento entre los menos ani-

mosos. Por un momento se dejó sentir entre ellos algo no menos terrible—más implacable acaso—que el agua, el fuego y los enemigos: ¡el hambre! Providencialmente, en el interminable desierto que los carros recorrían, encontraron la osamenta de la cabeza de un búfalo, y una inscripción en que se hablaba de Brigham Young, el profeta de los Mormones. Esto les dió ánimos para seguir el camino que otros siguieran, y consiguieron dar, lo que fué su salvación, con nutridas manadas de búfalos.

El grito de ¡Búfalo! agitó las dos caravanas y todos los hombres capaces se armaron para tomar parte en la cacería más importante de su vida, la cacería que tenía que saciar a más de mil bocas hambrientas.

Durante la cacería, Jackson encontró a Woodhull haciendo esfuerzos inauditos para librarse de la atracción de un pantano en donde había caído al arrojarle de su silla su caballo encabritado.

—Ahora que estoy solo—pensó el primero—éste no se escapa de la muerte. Será un estorbo menos.

Pero otra vez Banion salvó la vida a su enemigo.

Woodhull correspondió a la generosidad de su rival disparándole a boca de jarro su revólver... por fortuna descargado.

—¡Maldito!—gritó Jackson—. Esta vez sí que no tolero que este bobo te perdone.

—¡Calma, Jackson, y obedece! Confío en ti para que conduzcas este hombre hasta donde

esté el señor Wingate, a quien saludarás de mi parte.

Poco después, la caravana de Banion hizo alto en Fort Bridges un poco antes que la de Wingate, después de haber atravesado Wyoming y la primera cordillera de los montes roqueños, medio helados por los fríos de Octubre.

Jim Bridger era el señor de aquel Fuerte. Contaba con la simpatía de los indios, pues tenía *dos esposas* de esa raza.

En el Fuerte vió Jim a un tal Carson, amigo suyo, soldado en misión especial hacia el Este.

Por Carson supo el comerciante dos noticias importantísimas: una de ellas era el reciente descubrimiento de oro en California; y la otra, la rehabilitación de Banion.

—Sí, Jim, sí: Banion no fué culpable. Un abogado que se llama Abel Lincoln ha estado desenterrando el asunto, y ha resultado que Banion robó el ganado para llevarlo a sus soldados que se morían de hambre.

Jim recibió con gran alegría esta noticia, pues conocedor—por Jackson—de su enamoramiento de Molly, se le antojaba que en cuanto ella supiera que Banion era inocente, se *dejaría querer...*

Prosiguió Carson su camino, y entonces Jim y Jackson bebieron de lo lindo, y, recordando su juventud, apostaron un vaso de wisky a que conservaban el mismo pulso de antaño en el tiro.

La escena de la jugada resultó escafofrante.

Se trataba nada menos que de tirar uno y otro sobre un bote de hojalata colocado sobre sus respectivas cabezas.

La prueba no falló, a pesar de que los dos amigos apenas si se podían tener en pie sin apoyarse.

La caravana de Wingate acampó alrededor de Fort Bridger.

Woodhull, que seguía insistiendo por que Molly fuera su esposa, le recordó que era allí donde debían casarse.

Como Molly no le contestara, Woodhull la preguntó:

—¿Todavía estás pensando en Banion?

—Prometí no verle nunca más... Pero ahora voy a hacer otra promesa: Si algún día descubro que le he juzgado mal, iré de rodillas a pedirle perdón.

En su borrachera Jim reveló a Jackson el secreto del hallazgo de oro en California, pero se olvidó por completo de revelarle a Banion, además de ésta la otra noticia, después de la prueba a lo Guillermo Tell que hicieron los dos primeros. Los tiros lo habían serenado, y él necesitaba estar de nuevo borracho para recordar la gran noticia.

Como no tenía más whisky, pues esperaba recibir un envío de un día a otro, no le pudo decir a Banion, antes de perderle de vista, que su rehabilitación era un hecho.

El secreto del hallazgo de oro corrió como reguero de pólvora por el campamento de Liberty, y California se convirtió en la tierra de promisión. Desde este momento se separaron

definitivamente las dos caravanas, pero al haberlo Banion sólo pensaba en la boda de Molly, de la que se había enterado.

Aquella tarde reinaba la alegría en el campamento de Wingate. Todos llevaban lo mejor en honor de Molly cuya boda se celebraría al anochecer.

Pero el corazón de la muchacha estaba triste. En el carro entoldado, apenada, vestía sus galas de novia. Cuando al fin Molly iba a bajar la escalerilla que la conduciría al lugar donde había de unirse para siempre al hombre a quien no amaba, hacia el que sentía instintiva repugnancia, se entreabrió el toldo del carro y apareció Jim, quien dijo a la muchacha:

—No debe usted casarse con Sam Woodhull, a lo menos hasta que yo me haya emborrachado lo suficiente para acordarme de un recado que he de darle. ¿Tiene, su padre, whisky?

—Beba el que quiera de esta botella, pero hable pronto.

Vigorizada su memoria por efecto del alcohol, Jim soltó la magna nueva de que Banion no era un ladrón.

Emocionadísima y plenamente convencida de la inocencia de aquel a quien amaba y con el que había sido injusta y cruel, Molly fué a decir a Woodhull, renunciando a casarse con él:

—Hemos juzgado mal a Banion y cumpliré mi promesa de ir a pedirle perdón.

En este momento una flecha clavóse en un hombre de Molly, que cayó desvanecida en

brazos de los suyos. Los indios se habían finalmente decidido a atacar el campamento.

Jim dió órdenes para preparar la caravana a defenderse de los feroces enemigos.

—¡Apaguen estos fuegos! ¡Hagamos barricadas! Temo que atacarán al amanecer. Acostumbran hacerlo así.

Wingate pensó en Banion como medio de salvación.

—¡Nadie puede ir a avisarle!—dijo Jim—. ¡No hay *hombre* que pueda atravesar! ¡Estamos rodeados!

Yed oyó esas frases, y como se consideraba todo un *hombre*, hizo el gran papel de alcanzar la caravana del ex soldado.

Ni qué decir tiene que la intervención de Banion y sus hombres evitó un descalabro a la caravana de Wingate.

—¿Cómo está Molly? ¿Podría verla?—preguntó aquél, pasado el peligro, a la madre de la herida.

—Se siente mejor... pero no puede usted verla porque Molly prometió a Sam Woodhull que no hablaría nunca más con usted.

Y Banion partió descorazonado, hacia California, dejando atrás a Jackson que quiso quedarse al cuidado de Jim, su viejo amigo, herido durante el ataque de los indios.

Después de una demora de semanas a causa de la pérdida de hombres y carros, Wingate emprendió de nuevo la marcha, a la que amenazaba una nueva dificultad: la nieve.

Al punto de partir, Jim, de quien así como

de Jackson se despidió Molly, dijo a ésta que no había podido decir a Banion, a causa de su herida, que ella no se había casado con Woodhull al saber que aquél era inocente del delito que se le imputaba.

Molly, más enamorada de Banion que nunca, por su inagotable bondad y valentía, sonrió al deseo de volver a verle pronto, y cuando Jackson la dijo que él al día siguiente cruzaría las montañas para ir a California en busca de Banion, y si tenía algún recado para *alguien*, le respondió con fe:

—Dígale solamente a Banion que le esperaré... en Oregón.

Y se alejó la caravana de Wingate.

Woodhull iba en ella aún, pero la codicia pudo más que todo, y con un puñado de muchachos partió hacia California en busca de oro.

—Ya sé que nunca te casarás conmigo; pero si puedo encontrar a Banion tampoco te casarás con él—prometió a Molly al separarse de la caravana de los buenos.

Las palabras que Carson, el soldado amigo de Jim, dijo al oído de éste en su Fuerte, se convirtieron en un clamor inmenso que recorrió la costa, el valle y la llanura; y los primeros en conocer la noticia se abalanzaron con loco frenesí hacia los campos de oro de California como vanguardia de la invasión que de todas partes del mundo acudió allí en 1849.

Mientras tanto, la caravana de Wingate llegaba al fin a Oregón.

El viejo y voluntarioso Capitán levantó sus

ojos al Cielo, postráronse de hinojos a su alrededor los expedicionarios que como él no desfallecieron hasta triunfar, y en nombre de todos dió gracias a Dios por tanta ventura.

Banion encontró oro en California.

Jackson, después de mucho tiempo de indagar su paradero, logró dar con su gran amigo y jefe.

—¡Jackson! ¿Pero eres tú?

—¡Bendita sea la Virgen que ha oído mi súplica de encontrarte! Tengo que darte una noticia como no puede haber otra para ti.

—¿Se trata de Molly acaso?

—De ella, sí; me dijo que te estaría aguardando en Oregón.

—¡Tú eres mi padre, Jackson!

—Padre, precisamente, no; pero un buen hermano, no lo dudes. Pero, chico, ¿es tuyo todo ese oro?

—Y tuyo... y de Molly.

—¡Bravo! ¿Eh? ¿Qué es eso?

Alguien había arrojado al interior de la cabaña de Banion una piedra.

Los dos amigos, armados, salieron a ver quién había sido el osado. No vieron a nadie.

Poco después, el cañón de un revólver asomóse por una ventana, y Jackson, que no dormía, disparó su arma *mal educada*.

—¿Qué has hecho, Jackson? ¿Sobre, quién tiraste?

—Mírale allí, Banion. Era Woodhull que volvía. Ya sé que tú le hubieras perdonado otra vez, pero como yo tenía los dedos engrasados no pude evitar que resbalaran hasta el

gatillo. ¡Le he matado! ¡Debía matarle! ¡Que el diablo cargue con él!

... ..

Con ansia de realizar el ensueño de su vida, Banion fué a Oregón.

Yed cantaba su canción favorita



Molly, que pidiera continuamente al Cielo que le devolviese a Banion...

Oh, Susana, no llores por mí...

Molly, que pidiera continuamente al Cielo que le devolviese a Banion, no esperaba reci-

bir, aquel día, la inmensa sorpresa de la aparición de su amado.

—¡Molly, te adoro!

Oh, Susana, no llores por mí...

repetía Yed.

Pero Molly lloraba...

Era la alegría del encuentro definitivo de dos corazones nacidos para vivir juntos.

Y ellos también edificaron en Oregón su dulce nido de amor.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela, basada en una leyenda de los tiempos de

TUT - ANKH - AMEN

La Danzarina del Nilo

Interpretada por la bella artista

CARMEL MYERS

Interesantísimo asunto

Postal - fotografía - regalo: LIONEL BARRYMORE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles. — Precio: 25 céntimos